



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

Firmeza, no arrogancia

No -dijo él. No olvide usted que hay una tendencia natural a exagerar un tanto el dramatismo de los sucesos de que somos protagonistas. La escena que usted tan vívidamente me refiere debió de ocurrir más o menos como se la contaron. Pero debe de haber habido un menos gracias al cual el protagonista se salió con la suya. En su caso, y ante gentes duras y habituadas al mando, a la prepotencia, si no a la insolencia respaldada por armas próximas... No, ese menos de que hablo es decisivo para que cedan las voluntades menos insumisas.

Mi amigo miró hacia el balcón y agregó con intensidad-, -A mí me pasó algo muy diferente, pero, en cierto sentido, semejante. Me vi ante un hombre que me apuntaba con una pistola. El hombre quería una gruesa suma de dinero. Fingía estar borracho y camorrero como en otras ocasiones se lo había visto. Borracho, se justificaba parcialmente; camorrero, resultaba más temible. El hombre me conocía bien, pero no del todo. Yo leía en mi escritorio a la luz de la lámpara, sentado en ese mismo sillón. Era noche cerrada. Sonaban tiros intermitentes en la distancia, en los barrios de los cuarteles. Oí de pronto unos gritos en la calle, detrás de esas persianas. Reconocí la voz y abrí las persianas. Le vi los ojos ladinos y voluntariamente siniestros; le vi avanzar hacia mí el ojo negro de la pistola. Extrañamente, el hombre me odiaba y, no sé por qué, me quería. La política nos había arrastrado un tiempo a [64] situaciones dentro de las cuales me había sentido incómodo; deploraba yo haber compartido con él y otros

sujetos una cena de ambiguas maquinaciones. Eran tiempos de violencia y de iras feroces a que no se podía permanecer ajeno.

-Ordene usted que ahora mismo le traigan cien mil pesos. Ese dinero no alcanza a la suma que usted nos debe, que usted me debe a mí.

Un hipo fingido interrumpió su mascullar que era a medias alcohólico, porque el hombre, sí, se había tomado unas copas para darse valor y darme en la cara el tufo suficiente para intimidarme más en su amenaza. Pero la farsa me era evidente a despecho de sus argucias y, -detalle que no debo olvidar- del ruidito inconfundible de la pistola al ser amartillada.

Y aquí llego a lo que le decía a usted hace un rato. No crea usted que yo iba a salir del paso con fanfarronadas o con palabras de teatro. Yo argüí con él, no sin cierta urbanidad, fingiendo yo por mi parte, también -era preciso fingir- una serenidad absoluta que debía de resultar desconcertante y aun temible, por razones que él sospecharía, y prestando una seria atención a sus argumentos. Porque argumentos emitía, muchos e iracundos, aquella boca de dientes ralos mientras el cañón de la pistola subía y bajaba y se ladeaba un tanto como si la embriaguez no pudiera tenerlo fijo para el disparo a quemarropa.

-No, amigo mío. No acierto a creer que el alto personaje que usted y yo admiramos se haya comportado con la arrogancia que se le atribuye en el episodio que ya es parte de nuestra historia. Él tenía la autoridad de su magistratura y, sobre todo, la autoridad moral del hombre ilustre de trayectoria política intachable, amén de la del [65] estadista internacionalmente famoso. No, amigo mío. Él sabía que él se jugaba el todo por el todo. Su decisión era que el militar más competente a su juicio comandara en jefe el ejército ya enfrentado con el enemigo. Bien; pero esa decisión tenía que ser impuesta a hombres díscolos y enérgicos y de no segura integridad en lo que se refiere a las demandas de la disciplina y del honor militar y a los sacrificios personales exigidos por el bien común.

Muy problemático que él dijera con acento declamatorio y soberbio y sin dar lugar a réplica que él les daba cinco minutos para deliberar a solas, bajo aquella tienda de campaña, mientras que él, a veinte pasos de la tienda, esperaba el resultado de la deliberación, cruzados los brazos, el ceño adusto, ante unos soldados recién enterados de su histórica determinación. No, no. Era un paso demasiado grave; era una situación gravísima, amigo mío.

Mi situación de ciudadano particular frente a aquel individuo peligroso no tendría trascendencia nacional, de ningún modo. Mi fracaso -mi muerte- era algo que sólo a mí me concernía. Yo lo intuí con lucidez perfecta en aquel instante. Sería firme pero no soberbio ni enfático. Sencillamente, mesuradamente, le manifesté que yo no le debía ningún favor; que nuestra causa nada tenía que ver con la suma de dinero que me pedía; que mi determinación de no dejarme intimidar era irrevocable. Él podía matarme allí mismo pero no conseguiría nada. Ni un centavo. Él sí, quizás aquella misma noche, sufriría las consecuencias de su homicidio.

Mientras le hablaba yo, le sostenía la mirada que él trataba de hacer insegura, a propósito, como ignorando yo que bajo aquella mirada había otra, sin luz siniestra pero

capaz de convertirse en fagonazo. No alcé la voz en ningún momento. Y hasta hubo algo conciliador en mi ecuánime actitud. ¿No éramos todos de un mismo [66] partido? ¡Ah! esto sí, yo nunca me prestaría a ciertas cosas mencionadas por él segundos antes y yo no iba a ceder a su exigencia. Estaba en sus manos la decisión. Mejor dicho, en su mano derecha, en el índice derecho puesto sobre el gatillo.

El hombre comprendió que yo, inerme, era el más fuerte. Hubo un ruido en la calle y una larga luz. Un coche o un camión se acercaba desde el centro. El hombre bajó la pistola y desapareció en la oscuridad. Creo que se despidió, sin encono, casi amable. Yo cerré las persianas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

